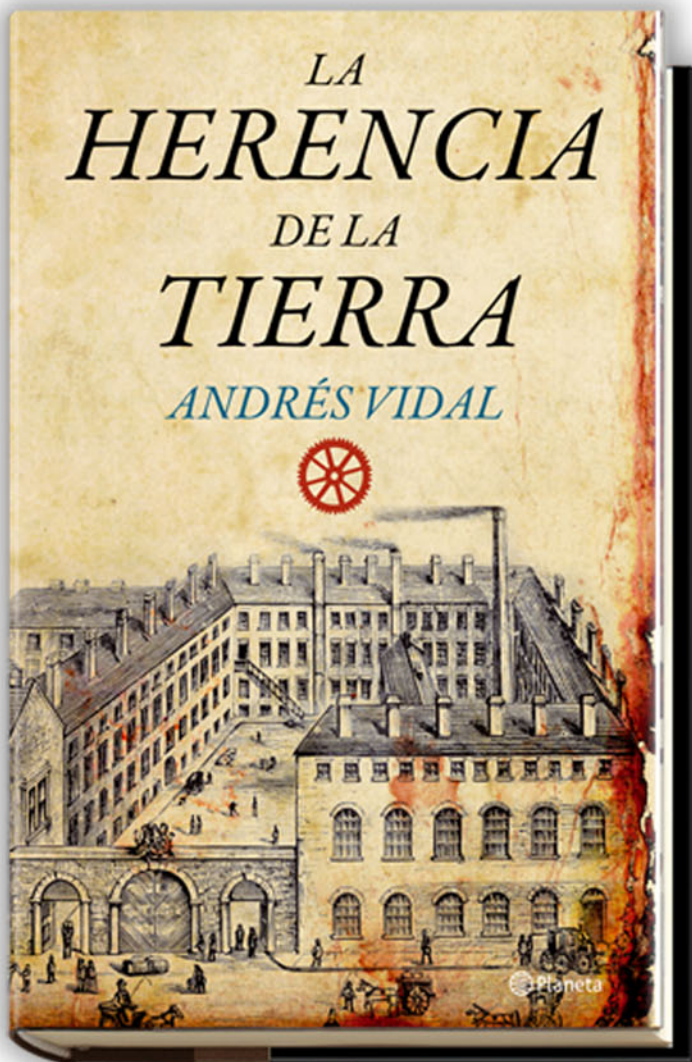


1er. Capítulo

La HERENCIA de la TIERRA

Andrés Vidal



La gran novela de la revolución industrial

Andrés Vidal

La herencia de la tierra

PRÓLOGO

Rosendo Roca notó un arañazo en el hombro. Miró a su lado y vio la piedra ya caída en el suelo. Esta vez había tenido suerte, apenas le había rozado, aunque aquello no quería decir nada: tras esa piedra vendrían más. Le llegaron las voces de Diego Bonilla, de Mateo y de Jan. Era el momento de empezar a correr.

—¡Miradlo! ¡El Imbécil parece un conejo! —gritó el pelirrojo Bonilla.

Rosendo, sin mirar atrás, se adentró en el bosque. Oía tras de sí los pasos de sus perseguidores. Correr, correr más era la única salvación. Y no hacer ruido. Hay una gran diferencia entre huir o correr hacia adelante y Rosendo, a pesar de sus escasos cinco años, ya la conocía perfectamente. No era ésta la primera vez que los mayores lo acosaban.

Cuando pasó el tocón del árbol quemado, giró rápidamente hacia el riachuelo. Si tenía suerte, llegaría antes de que le dieran alcance. Entonces cruzaría el río cuyas aguas bajaban heladas. No había otro camino. Correr hacia adelante siempre llevaba por el camino más difícil. Miró atrás. Luego al río. Parecía imposible, pero era cuestión de voluntad.

—¡Va al río! ¡Que no se escape! —oyó por detrás de él.

Rosendo aceleró. Se abrió paso entre la espesura de los matorrales que lo iban arañando sin que él apenas los sintiera. Esta vez no pensaba dejarse atrapar. No quería que le volvieran a hacer comer

tierra, ni que lo empujaran sobre una bosta de vaca o lo frotaran todo el cuerpo con ortigas. No, no volverían a llenarle de golpes. Sabía que sólo tenía que proponérselo.

—¡Cómo corre el cabrón! —resopló el Bonilla mientras seguía con la mirada el avance de Rosendo. Cogió una piedra y la lanzó de nuevo. Mateo y Jan repitieron la acción. Una pedrada alcanzó a Rosendo.

—¡Toma, el Imbécil ahora es cojo, es cojo! —se rió Diego.

A Rosendo le llamaban el Imbécil. Hacía tiempo que Diego Bonilla y sus amigos habían dejado de utilizar su nombre, él era simplemente el Imbécil. Lo cierto es que la gente en el pueblo decía que Rosendo no se parecía a los otros chicos porque era muy serio y no jugaba con los demás, que cómo podía ser normal un niño que hablara tan poco y tan mal y que tenía esa forma de mirar «rara».

—¡Ahí va eso! —gritó Mateo lanzándole un trozo de rama corta y gruesa. Aunque no lo tocó, Rosendo perdió pie.

—¡Se cayó! ¡A por él! —los animó Diego.

Rosendo, sobre la tierra llena de hojas y agotado por la carrera, cerró sus ojos oscuros. No lo había conseguido. Deseó que la tierra se lo tragase. Diego, Mateo y Jan se detuvieron frente a él. Se agacharon apoyándose sobre las rodillas para recuperar el resuello mientras miraban fijamente el cuerpo inmóvil de Rosendo. Hubo un silencio y tras cruzarse las miradas los tres empezaron a recoger piedras. A continuación, a unos metros de Rosendo, el Bonilla ordenó:

—A la de tres, tú —dijo señalando a Jan—, después tú y luego yo, ¿estamos?

Mateo y Jan asintieron. En el suelo, Rosendo apretó los puños.

—A la de una...

La verdad es que estaba harto.

—A la de dos...

Harto de que lo persiguieran, de que lo insultaran, de que le pegaran.

—Y a la de... itres!

En ese instante Rosendo se incorporó. Los tres chicos se quedaron con la piedra en la mano, sorprendidos de la rapidez con la que se había puesto de pie. Rosendo los estaba mirando de frente.

—¡A la de tres! —repitió Diego.

Las piedras impactaron una tras otra sobre el cuerpo sucio y magullado de Rosendo, pero él se mantuvo firme, al tiempo que clavaba sus ojos en los de sus rivales.

—¡Una... dos... —Mateo y Jan se miraron inquietos. Rosendo estaba diferente. Había en él algo nuevo y era algo peligroso...

—¡Tres!

De nuevo los pedruscos cayeron sobre Rosendo, que se mantenía impassible, sin decir nada.

Los tres chicos se quedaron perplejos. Diego se dio cuenta de que sus compinches estaban nerviosos. Esbozó una sonrisa socarrona y soltó un improperio para animar a Mateo y Jan, haciendo ver que no pasaba nada. Pero esos ojos...

—¡Joder con el Imbécil! Hoy te haces el duro, ¿eh? ¡Pues te vas a enterar! —y le lanzó una nueva pedrada.

Frustrado y rabioso porque Rosendo no reaccionaba, el Bonilla se dispuso a tirarle otra. Pero antes de que le diera tiempo, Rosendo empezó a caminar hacia ellos. Mateo y Jan dieron un paso atrás: no estaban acostumbrados a que Rosendo les plantara cara. El Bonilla miró ceñudo a sus compañeros: ¿qué era eso de ceder? Mateo y Jan soltaron las piedras y recularon varios metros más. En ese caminar de espaldas, Jan tropezó con algo y se trastabilló. El sobresalto hizo que diera unos cuantos pasos para alejarse de Rosendo, movimiento que siguió Mateo. Ante la mirada de soslayo de Diego, Mateo soltó:

«Vámonos de aquí, hoy no está divertido este bicho», y soltó lo que pretendía ser una risa burlona. Los dos se alejaron de allí simu-

lando desinterés mientras el Bonilla los miraba resoplando. Éste se volvió y se topó con Rosendo, de pie a medio metro de él.

—¿Y a ti qué te pasa hoy, eh? ¡Bah! Cada día estás peor, te tendrían que encerrar con los cerdos —afirmó Diego mientras dejaba caer las piedras que aún tenía en las manos—. ¡No me mires, cerdo! —le gritó a la cara. El Bonilla le soltó un bofetón y se dio la vuelta, dispuesto a marcharse. Pero Rosendo lo agarró de una muñeca. Lo miró fijamente con sus grandes ojos de un marrón tan oscuro que casi parecía negro—. ¿Qué... qué haces? ¡Suéltame, Imbécil!

Rosendo no lo soltaba. El Bonilla se zafó sacudiendo el brazo con fuerza y lo levantó para darle un revés. Pero se quedó en un gesto, ahí, el brazo en el aire, ingrávido ante la fría expresión de Rosendo. Por vez primera, Diego, *el Bonilla*, temió que Rosendo le pudiera hacer daño. Escupió al suelo y volvió a girar sobre sí mismo. De nuevo sintió presión en la muñeca. Diego se revolvió. «Voy a partirle la cara», pensó. Justo en ese instante percibió un dolor agudo, la cara le ardía y la visión se le nubló momentáneamente.

Rosendo acababa de darle un puñetazo. Aturdido, vio cómo el puño de Rosendo volaba de nuevo hacia su rostro.

—¡Hijo de p...!

Esta vez lo recibió en plena nariz. Diego dejó escapar un gemido al tiempo que luchaba por librarse. Consiguió soltarse y comenzó a correr. Se volvió y vio a Rosendo acercarse con esa expresión, con esa mirada fija en él. El Bonilla experimentó un escalofrío que le hizo apretar aún más el paso.

Correr no le sirvió de nada. Diego se estaba quedando sin aire, su respiración era fatigosa, el pecho estaba a punto de estallarle. Reparó en cómo la sangre que brotaba de su nariz se le escurría en la boca entreabierta. Y de pronto la notó: era la mano de Rosendo, que estaba alcanzando su ropa. Un tirón seco y Diego cayó de espaldas. Rosendo se sentó sobre su pecho y comenzó a golpearlo en la cara.

—¡Suéltame, Imbécil! ¡Monstruo de mierda! —chillaba Diego con la voz entrecortada.

Impasible, Rosendo dejó caer sus puños como si de una máquina se tratara, rítmicamente. El Bonilla pataleaba desesperado, golpeaba los costados de Rosendo, intentaba tirarle del pelo, buscaba arañarle la cara, lloraba y gritaba con la voz ronca por el miedo y la rabia. Rosendo guardaba silencio. Callaba y, con los dientes apretados, arremetía una y otra vez, una y otra vez... Hasta que un extraño gorgoteo lo detuvo. Diego tenía la boca ensangrentada y le costaba respirar. Rosendo se incorporó. Diego se puso a toser y escupió varios dientes rotos, tras lo cual volvió a quedarse boca arriba, dejando oír un lastimero lloriqueo.

Rosendo, ya de pie, clavó su mirada en los ojos medio hinchados del Bonilla. Sin decir nada se alejó y, cansado, comenzó a caminar de regreso a casa. Su mirada ensimismada no se distinguía de la que lo caracterizaba habitualmente. Cerca de allí, escondidos en un recodo del camino, Mateo y Jan lo seguían con la vista sin poder dejar de pensar en la suerte que había corrido el cuerpo tendido y ensangrentado del Bonilla.

PARTE I
(1815-1834)

CAPÍTULO 1

Era el año 1815. Angustias salió a recoger la leña que alimentaría el fuego de aquel día. A pesar de que el hogar donde vivía con su marido Narcís y su hijo Rosendo era más bien pequeño, se hacía algo difícil calentarlo. Los días de septiembre seguían siendo calurosos en Martinet de Cerdanya pero las noches eran bastante frescas y la chimenea instalada en el comedor debía encenderse a media tarde para calentar el resto de los compartimentos. Mientras se levantaba con varios troncos bajo el brazo le pareció ver algo en la distancia: una diminuta silueta familiar se acercaba bordeando el camino. «Ya está aquí», pensó Angustias, y una ráfaga de viento levantó el polvo haciendo volar restos de paja seca.

Angustias esperó frente a la entrada de la casa y se secó el sudor de las sienes con el ajado delantal. Transcurrieron unos minutos hasta que pudo distinguir, a través de la luz intensa, lo que parecían moretones y manchas de sangre en el rostro y la ropa de Rosendo. La mujer soltó rápidamente los troncos que cayeron sin orden al suelo y corrió asustada en dirección al niño. Cuando por fin lo alcanzó, se abalanzó sobre él y lo cogió en brazos.

—¿Pero qué te han hecho, hijo mío? —le preguntó la madre mientras lo examinaba. En seguida se fijó en la cantidad de sangre que había en las hinchadas manos del chico. Angustias buscó una herida abierta. Miró en las manos, los brazos, la cara, en todo el cuerpo, pero no encontró tal herida. Nada. La sangre no era suya. Angustias

se fijó en los enormes ojos castaños de Rosendo, clavados en el suelo. Su expresión no había cambiado. No era la primera vez que Rosendo volvía a casa golpeado por niños del pueblo. Sí era, en cambio, la primera vez que, a juzgar por la sangre y los nudillos amoratados, él se había defendido.

—Este pueblo es cada vez peor, cada vez peor —se repitió la madre para sí, ahogando un sollozo.

De camino a casa, Angustias parlotaba aun sabiendo que nadie iba a responderle. A sus cinco años Rosendo todavía no había pronunciado una sola frase completa. El único médico que se pudieron permitir y al que habían acudido cuando el niño cumplió tres años, había sentenciado que Rosendo sufría algún tipo de retraso mental. Angustias, sin embargo, no creía en ese diagnóstico. Ella estaba convencida de que su hijo era, de alguna manera, especial, y ante esa certeza poco le importaba lo que el médico o la gente del pueblo pudieran decir.

Pero la presión de los vecinos era un hecho. En más de una ocasión Angustias había insinuado a su marido la posibilidad de marcharse de Martinet. Tenía una hermana en Barcelona, y ella podría acogerlos durante una temporada. Narcís no quería ni oír hablar del tema: él había nacido en Martinet y quería seguir viviendo allí. Era un hombre de pocas luces: ni el daño que en aquella zona de frontera había causado la reciente guerra de la Independencia contra los franceses podía hacer cambiar de opinión a Narcís Roca.

La guerra había comenzado unos años atrás, en 1807. Napoleón, mediante el Tratado de Fontainebleau, había conseguido que Carlos IV permitiera entrar a las tropas francesas en España. Pero allí, en el pueblo, los más ancianos sabían que las guerras llegaban como las pestes, sin previo aviso, y lo asolaban todo. Y no era 1807 sino el año en el que Paquita se había casado con Clemente, cuando había nacido Marion y cuando el herrero compró un par de caballos nuevos. El párroco del pueblo trató de convencerlos de que Napoleón

era un liante que, con la excusa de expulsar a los ingleses de Portugal, se había metido en España y había provocado la contienda. En un primer momento, algunas mozas soñaron con aquellos apuestos soldados, y los más jóvenes con la gloria de las armas. Pero pronto se descubrió que, en efecto, las tropas llegaron para quedarse y que había que pagar un alto precio por ello. Napoleón consiguió que el rey abdicara para cederle el trono a su hermano José. Y muchas madres lloraron a sus hijos ausentes.

Junto a los soldados también había llegado una multitud de funcionarios franceses. Pese a su espíritu renovador, la población sufrió constantes abusos por parte de las fuerzas napoleónicas. Los saqueos y robos constantes condujeron al miedo, y tras el miedo llegó la rabia. Una fiebre contagiosa animó a la gente de los pueblos a organizarse. Se vendían tantas armas que el herrero no paraba de trabajar. Se fabricaban más cirios, se encargaban más misas. Cuando las tropas francesas abandonaron el país en 1814, muchas zonas quedaron devastadas. La lucha pasó a ser contra la pobreza, las tierras marchitas y la falta de alimento.

Narcís llegó a casa a la hora de comer. Nada más entrar, Angustias pudo percibir su nerviosismo, su pelo castaño más despeinado que de costumbre y su huesuda cara ojerosa y magullada.

—¿Qué ha pasado? —dijo la mujer temblando. Narcís se dirigió al pequeño:

—¿Qué has hecho? —le gritó el padre al niño, alterado, cogiéndolo de los hombros—. ¡Contesta! ¡Contesta a tu padre! —le chilló mientras le sacudía.

Entonces Rosendo empezó a llorar. La respiración del chico se fue acelerando cada vez más, acompañando a las lágrimas de jadeos ahogados. El niño comenzó a golpearse a sí mismo con violencia, utilizando los puños para asestarse golpes en el cuello, los

pómulos e incluso la boca. Narcís y Angustias buscaban las manos de su hijo para retenerlas, pero Rosendo las movía con extrema rapidez. Éste intentó también morderse con saña los nudillos desgarrados.

Transcurridos unos minutos eternos, Rosendo se calmó. Angustias lo abrazó con fuerza, lo llevó a su dormitorio y lo acostó con cariño. Tras darle un beso en la frente y otro en la nariz, los pocos sitios en los que el chiquillo no tenía ninguna contusión, salió de nuevo a la sala.

Narcís fumaba tabaco de picadura dando largas caladas mientras atizaba las brasas de la chimenea. Sin apartar la mirada de lo que estaba haciendo, habló en voz alta:

—Dicen que Rosendo ha dejado a Diego Bonilla con un ojo ciego.

—¿Cómo sabes...? —comenzó a preguntar Angustias.

—Yo también me he peleado...

Angustias levantó su mirada, perpleja.

—En la cantina, Bou ha llamado a Rosendo «desgraciado» y no he podido remediarlo. Le he dado su merecido —dijo intentando convencerse a sí mismo de que había hecho lo correcto—. Han tenido que separarnos.

Narcís no era un hombre muy corpulento, pero sí fibroso y fuerte como exigía su arduo trabajo en los campos. No era violento y no estaba acostumbrado a pelear, y menos con alguien como Bou. Debía de haberle alterado mucho lo que éste hubiera dicho sobre Rosendo para reaccionar de aquella manera. Sus ojos hablaban por sí solos. Angustias se acercó a su marido y lo abrazó. El contacto erizó a Narcís y provocó el sobresalto de su esposa.

—Me duele un poco aquí —le dijo mientras se levantaba la camiseta desgarrada por la pelea y le enseñaba su amoratado costado izquierdo.

Narcís se marchó a seguir con sus tareas a pesar de las molestias físicas: para él, el trabajo era un compromiso que debía cumplir. Angustias se quedó en casa, limpiando con gesto nervioso. De tanto en tanto echaba un ojo a Rosendo, quien estuvo ausente y en silencio el resto de la jornada. En cuanto comenzó a anochecer, preparó la cena. Esta vez le añadió un trozo de tocino rancio al caldo, en un intento de compensar a su familia por los disgustos sucedidos ese día.

Escuchó a alguien que entraba en la casa y no dijo nada suponiendo que era Narcís. Pero una voz dando las buenas noches la sobresaltó: era don Pablo, el párroco del pueblo. Se limpió las manos en el mandil, se incorporó y dijo:

—Pase usted, don Pablo.

El cura, un hombre delgado, de piel gris y aire anodino, caminó con cautela mientras estrujaba entre las manos una boina negra.

—¿No está Narcís?

—Está a punto de llegar.

Don Pablo asintió.

—Bien, esperaré a que llegue. He de hablar con los dos.

Al salir de su cuarto, Rosendo recibió la atención entre indiferente y perpleja del cura. Angustias ofreció a don Pablo que se uniera a la cena, cosa que éste rechazó aludiendo a que tenía una visita en la casa parroquial esa noche. Se mantuvieron en un silencio tenso hasta que llegó Narcís.

—Bien, no quiero entretenerlos mucho, no se les vaya a enfriar la cena —comenzó a decir el cura a un Narcís con gesto preocupado—. Vengo a hablarles del chico, de Rosendo. Supongo que ya saben lo sucedido... —Tosió—. Diego está fuera de peligro, la fiebre le está remitiendo, pero seguramente se quedará tuerto.

Angustias se tapó la boca con la mano. Narcís apretó los labios.

—Conozco a ese chiquillo y a sus amigos, y sé de sus juegos un tanto... —mentalmente buscó la expresión correcta— un tanto brus-

cos. Pero son cosas de niños y nunca habían pasado de ahí. Lo de hoy en cambio —miró de soslayo a Rosendo, quien estaba sentado abstraído frente al fuego— ha llegado demasiado lejos. He hablado con la familia de Diego y he tratado de calmarlos. Al final he conseguido evitar que la pelea entre críos se convirtiera en una batalla campal, porque han de saber que tenían intención de venir aquí, armados con palos y demás. Ya conocen a Remigio —dijo refiriéndose al padre de Diego—, que todo lo quiere solucionar a bofetadas. Y no crean, más de un vecino se ha prestado a acompañarlo. Como les decía, he logrado calmar las aguas... por ahora. Pero lo que seguramente no podré evitar es que se dirijan a la autoridad. Dicen que pondrán una denuncia, que su hijo merece una compensación por perder un ojo.

Angustias no pudo más y exclamó:

—¿Y todas las palizas que ha recibido mi hijo? ¿Ésas qué? ¿Se las compensarán?

Narcís tomó del brazo a su mujer y procuró calmarla. El cura hizo un gesto de asentimiento.

—Ya, ya, la entiendo, pero esos juegos los tienen todos los críos, todos los días se pelean. Sé que han sido brutos con su hijo, pero ante la autoridad su hijo está bien... físicamente sano, quiero decir, y Diego no. No se solivianten —añadió levantando las manos al ver el gesto tenso de ambos padres, prestos a replicar—, sólo les digo lo que sucederá. He sido testigo en otras ocasiones de juicios así y me parecía correcto avisarles.

—¿Pero qué compensación ni qué ocho cuartos? —comenzó a bramar Narcís—. ¿Qué podemos dar si no tenemos ni un real?

Don Pablo se colocó la boina en la cabeza al tiempo que se encogió de hombros.

—Eso lo decidirá la autoridad. Ahí no puedo ayudarles más. Bien, los dejo que cenén. Buenas noches. Vayan con Dios.

Y se marchó realizando la señal de la cruz, santiguando el hogar.

Angustias y Narcís permanecieron mudos durante unos instantes. Narcís se pasó la mano por la cabeza y el rostro, tratando de asimilar la noticia. Angustias, por su parte, le clavó la mirada. Con voz firme, le dijo a su marido:

—Ahora sí que no tenemos más remedio, Narcís. Hemos de marcharnos.

Narcís cabeceó y dejó escapar un «ya... ya...». Ella negó con la cabeza.

—No, Narcís, hemos de irnos. Esta vez sí. Nos vamos de Martinet.